

temporáneo, en su historia de la guerra de los Vándalos, hablando de Hunerico, atestigua que en su tiempo muchas de aquellas personas hablaban muy espeditamente en Constantinopla, y que dos de ellas, habiendo cometido un pecado de impureza, cesaron repentinamente de hablar. Afirma además el conde Marcelino en su crónica, que habiendo Hunerico hecho cortar la lengua á un católico, mudo de nacimiento, así que le fué cortada la lengua, habló, y empezó á tributar gloria á Dios. Y lo mismo afirmaba de otros que habia visto en Constantinopla, que sin lengua, hablaban perfectamente. Por último, lo mismo aseveró el emperador Justiniano en una de las leyes que publicó, asegurando haber visto él mismo algunos de estos hablar sin lengua. Mas no tardó mucho el Señor en castigar á Hunerico, haciéndole morir devorado vivo de gusanos, y despedazándose él mismo las carnes de rabia y desesperacion, como refiere S. Victor.

7. Relata tambien este santo obispo, que entre los muchos mártires del Africa habia muchas vírgenes que habian consagrado á Dios su virginidad; pero los arrianos que son enemigos de esta angelical virtud, como lo son por lo comun todos los hereges, no pudiendo sufrir la edificacion que daban al mundo aquellas castas y piadosas doncellas, las calumniaron ante el rey Hunerico, diciendo que ellas tenian escandaloso comercio con los obispos y sacerdotes que las dirigian; y tanto se encarnizaron contra ellas, que el infiuo monarca las puso todas en tormentos á fin de que confesasen aquellos supuestos delitos. Las hacia colgar en el aire con pesos enormes en los pies, las hacia atormentar con planchas de hierro candente sobre los pechos, en las espaldas y en los costados. Las santas se

mostraron firmes en sufrir aquellos martirios; muchas de ellas espiraron á su violencia, y las que sobrevivieron quedaron corvas y con las carnes asadas hasta su muerte. El martirologio hace conmemoracion de estas santas mártires en 16 de noviembre.

§ XVII.

DE LOS SANTOS FILEAS Y FILOROMO.

1. Entre los innumerables mártires del Egipto y de la Tebaida, son dignos de loa especial los santos Fileas y Filoromo, por la nobleza y distinguida fama que en su respectiva patria gozaban, como dice Eusebio. Filoromo ocupaba en Alejandria un destino de consideracion, por el cual tenia que administrar públicamente justicia. Fileas habia tambien desempeñado los primeros cargos de la ciudad de Imaís en el Egipto. Nacido en el paganismo, habia tomado esposa, y tenia muchos hijos que eran todavía paganos cuando el Santo dió su vida por Jesucristo. Convirtiése en una edad muy adelantada; mas el Señor le colmó de tantas virtudes que mereció ser obispo de su misma patria.

2. Tenemos una carta suya, que siendo obispo escribió á su pueblo estando en prision y cercano á consumar su martirio, en la cual nos da á conocer el ardiente zelo que tenia por su querida grey, aunque se viese próximo á la muerte. En ella procura alentar á los fieles, dándoles valor para sufrir gustosos cualquier martirio por amor de Jesucristo, antes que faltar á la fé, presentando el ejemplo de tantos héroes cristianos, que teniendo fijos en Dios los ojos, caminaban alegres á la

muerte, sabiendo que Jesucristo no deja de confortar á sus servidores hasta hacerles conseguir la vida eterna; y así les exortaba á confiar en los méritos de Jesucristo, teniendo siempre presente su pasion, y el premio eterno que es constante en confesarle.

3. Poco despues que hubo escrito esta carta, fué conducido á presencia de Culciano prefecto del Egipto, el cual exhortó á Fileas y á Filoromo á que tuviesen compasion de sí mismos, y tambien de sus mugeres é hijos. A cuyas instancias se unieron tambien para persuadirles muchos de sus parientes y amigos de Alejandria. Mas todas estas persuasiones en nada debilitaron su constancia, de modo que estando Fileas sobre el patíbulo, y preguntándole el prefecto como no queria entrar en sí mismo y obrar con cordura, respondió: — No, yo nunca he perdido el juicio. — Sacrifica pues á los dioses, replicó Culciano. Mas á esta proposicion siempre contestaba Fileas, que él no sacrificaba á muchos dioses sino á un solo Dios. Replicó el prefecto, que él debia sacrificar segun su conciencia, para no perder á su esposa y á sus hijos. Respondió Fileas: — Mi conciencia me obliga á preferir á Dios á todo lo demas, pues dice la Escritura: amarás sobre todas las cosas á tu Dios que te ha criado. — ¿Qué Dios? preguntó Culciano, y el Santo levantando las manos al cielo exclamó: — Aquel Dios que ha criado el cielo y la tierra, y subsiste eternamente y por todos los siglos. — Preguntóle despues Culciano si Cristo era Dios. — Sí, ciertamente, respondió Fileas: él entregó su vida á la muerte, é hizo muchos milagros. — ¿Mas cómo, dijo Culciano, un Dios fué crucificado? — Sí, replicó Fileas, crucificado fué por nuestra salud: por nosotros quiso sufrir

la muerte y tantas otras injurias; y todo esto habia ya sido predicho en las santas Escrituras; y si alguno quiere cerciorarse mejor, que las lea, y conocerá la verdad. — Y despues le añadió que la gracia que de él deseaba era que emplease su autoridad en hacer cumplir las órdenes que tenia. — ¿Con que tú, replicó Culciano, quieres morir así por antojo? Y Fileas le dijo: No por antojo, sino por Dios y por la verdad. — Díjole Culciano: — Yo quiero salvarte la vida por consideracion á tu hermano. — Y Fileas: — Mas yo te ruego que cumplas con lo que te está mandado. — Culciano: — Si yo supiese que eres pobre, no pensaria en salvarte; pero siendo como eres tan rico, y pudiendo alimentar á muchos, quiero librarte de la muerte; y te exhorto á que sacrifiques. — Responde Fileas: — Yo no sacrífico. — Mas considera como tiene tu esposa fijos en tí los ojos. — Jesucristo á quien sirvo es nuestro Salvador, y así como me ha llamado á mí, tambien puede llamarla á ella á la herencia de su gloria. — Vamos, dijo entonces el prefecto, te doy tiempo para que reflexiones mejor lo que debes hacer. — En todo he pensado ya mil veces, respondió Fileas, y he escogido siempre el padecer por Jesucristo. — Entonces se le arrojaron á sus pies sus parientes para rogarle que tuviese lástima de su muger y de sus hijos; pero el Santo, sin conmoverse por sus lágrimas, con los ojos vueltos hácia Dios, decia, que no debia contar con otros parientes que con los santos del paraíso.

4. Hallándose presente S. Filoromo á estos llantos de los parientes de Fileas, y á las muchas exhortaciones del prefecto, levantó la voz y dijo: — ¿Y porqué inútilmente os empeñais en abatir la constancia de este

hombre? ¿Porqué tanto os fatigáis para que sea infiel un hombre á quien veis tan fiel á su Dios? ¿No veis que nada pueden con él vuestras palabras ni vuestras lágrimas? Lágrimas vertidas por motivos terrenos, no pueden doblar el ánimo de quien solo tiene á Dios ante sus ojos. — Airados contra Filoromo todos los circunstantes, pidieron que junto con Fileas fuese condenado al mismo suplicio; y muy gustoso el juez, mandó que entrambos fuesen decapitados. Entonces toda la muchedumbre junto con los mártires se dirigieron al lugar del suplicio.

5. Mas por el camino el hermano de Fileas dijo en alta voz, que Fileas demandaba apelacion. Culciano le mandó volver atrás, y le preguntó si verdaderamente habia apelado. Respondió Fileas: — Nó, nunca he apelado de vuestra sentencia: no deis oídos á lo que dice este miserable. Estoy muy agradecido á los jueces, pues que por su medio vengo á ser coheredero de Jesucristo. — Y dicho esto, Fileas se dirigió de nuevo al lugar del suplicio, en donde, unido ya con Filoromo, levantó la voz ante los cristianos, y les dijo: — Hijos míos, el que de vosotros busque de veras á Dios, guárdese de pecar, pues el enemigo va dando vueltas asechando al que pueda devorar. No hemos aun padecido; ahora empezamos á padecer y á ser discípulos de Jesucristo. Observad sobre todo sus preceptos escrupulosamente. Invoquemos siempre al Hacedor de todas las cosas, á quien sea dada gloria eternamente. — Acabadas estas palabras los ministros decapitaron á entrambos, y enviaron sus almas á la patria celestial. Así terminaron estos dos héroes su glorioso sacrificio.

§ XVIII.

SANTA DIONIGIA, VIRGEN, Y OTROS COMPAÑEROS MARTIRES.

1. Refiere Fleuri que en el tercer siglo fueron presentados al procónsul del Asia llamado Optimo tres cristianos, Andrés, Pablo y Nicómaco, y preguntándoles este su patria Nicómaco respondió el primero en alta voz: — Yo soy cristiano. — Y que decís vosotros dos, dijo el proconsul á los dos compañeros, los cuales respondieron: — Nosotros somos tambien cristianos. — Dirigiéndose entonces Optimo á Nicómaco, le mandó que sacrificase á los dioses, como mandaba el príncipe. Y él le contestó: — Ya sabeis vos que un cristiano no puede sacrificar á los demonios. El próconsul le hizo prender y atormentar tan cruelmente que Nicómaco estaba ya para espirar: y viéndose en tal estado, el infeliz perdió el valor y dijo: — Yo nunca he sido cristiano: ya sacrificaré á los dioses. Se le puso luego en libertad, pero en aquel mismo instante fué poseido por el demonio, y revolcándose por el suelo se cortó la lengua con sus dientes y murió:

2. A tan triste espectáculo, santa Dionigia, doncella de diez y seis años, lamentando la desgracia de Nicómaco, exclamó: ¡O desdichado, que por no sufrir un momento mas te has condenado á una pena eterna! — Oidas por el procónsul aquellas palabras, la hizo sacar fuera de la turba, y le preguntó si era cristiana. — Sí, respondió, cristiana soy, y por esto lloro la suerte de aquel infeliz, que no supo padecer un poco mas y ganar el paraíso, y ahora llorará eternamente. — Indi-

gnado el procónsul le dijo : — ¡Ola! tú debes sacrificar á nuestros dioses si no quieres ser ignominiosamente tratada, y despues quemada viva. — Respondió Dionigia : — Mi dios es mas poderoso que vosotros ; no temo pues vuestras amenazas, él me dará fuerza para sufrir cualquier tormento por su amor. — Entonces Optimo la abandonó á discrecion de dos jóvenes que la condujeron á una casa, en donde apareció un joven resplandeciente que la defendia. Y los que la habian conducido se arrojaron á los pies de la Santa rogándole que intercediese por ellos.

3. Al amanecer del dia siguiente el procónsul se hizo presentar á Andrés y á Pablo que estaban en prision, y les mandó que sacrificasen á la diosa Diana. Los dos santos respondieron : — Nosotros no conocemos á Diana, ni á los otros demonios que adorais : nosotros no adoramos sino al verdadero Dios. Al oír estas palabras el pueblo idólatra pidió el poderle hacer morir, y el procónsul se lo entregó para que le apedreasen. Y así se hizo, habiéndole al efecto atado de pies, y arrastrado fuera de la ciudad. Y mientras aquellos santos eran apedreados, oyó Dionigia el tumulto, y escapando del poder de sus guardas, corrió donde estaban los santos, y poniéndose entre ellos, exclamó : Para vivir con vosotros en el cielo, quiero con vosotros morir en la tierra. — Y oyendo esto el procónsul, mandó que se le cortase la cabeza y así se ejecutó.

§ XIX.

SANTA FEBRONIA.

1. En la persecucion de Diocleciano habia en Sibápolis de Siria un célebre monasterio de vírgenes, en donde vivian mas de cincuenta religiosas ocupadas unicamente en alabar á Dios. La superiora que se llamaba Brienna, noble de linage y de singular virtud, tenia á su lado una sobrina llamada Febronia, á quien habia educado desde la edad de tres años. Entonces se hallaba á los diez y nueve, y estaba dotada de singular hermosura ; pero lo que la hacia mas bella eran las virtudes eminentes que la adornaban, por lo cual la tía le tenia tan cuidadosamente recatada que no dejaba verla de nadie.

2. Febronia, ya desde sus tiernos años, habia resuelto no tener otro esposo que Jesucristo ; por lo cual, siendo ya religiosa, llevaba una vida del todo santa. Ayunaba casi todo el año, y su comida se reducía á pan y legumbres, y á veces pasaba dos dias enteros sin tomar alimento. Dormía sobre una tabla muy angosta, y á menudo sobre la dura tierra. Ya se sabia que habia en aquel monasterio una joven tan rara en belleza como en virtud, y muchas personas habian procurado el verla, pero siempre en vano. Con todo, una joven viuda de muy distinguida familia llamada Jería, que era todavía catecúmena, tanto rogó y lloró, puesta á los pies de la superiora, que esta le prometió le permitiria hablar con ella. Mas como Febronia difícilmente se hubiera prestado á hablar con una persona seglar, vistieron á Jería con hábito de monja, y así Febronia le ha-

bló, con tanto espíritu de divino amor, que Jería despues de aquella conversacion tomó luego el bautismo, é hizo bautizar toda su familia; y renunciando á segundas nupcias á que antes aspiraba, no pensó sino en vivir solo por Dios.

3. Poco despues llegó la noticia de que el emperador Diocleciano enviaba á Sibápolis el prefecto Lisimaco con su tío Seleno, con órden de esterminar todos los cristianos. Grande fué el espanto de los fieles; y el obispo, viendo el peligro de aquellas vírgenes quedando en el monasterio, les permitió salir; y realmente salieron todas, derramando muchas lágrimas al separarse. Mas la superiora dijo, que si bien dejaba á todas la libertad de salir, queria ella quedarse en el convento, y aguardar allí su martirio. Dijo despues suspirando: — ¿Qué será de Febronia? y que será de mí? — Y respondió Febronia: — Tambien me quedaré yo, amada tía. — Y añadió despues: — ¿Qué suerte mejor puedo yo esperar, que el dar mi sangre por Jesucristo?

4. De otra parte, siendo Lisimaco hijo de una madre cristiana, favorecia á los cristianos; no obstante el emperador Diocleciano le habia destinado de procónsul en Oriente, junto con Seleno su tío, enemigo mortal de los cristianos, y así debió dar el mando de las tropas al conde Primo, con órden empero de seguir los consejos de Seleno. La órden fué cumplida antes en Palmira, con la muerte de innumerables cristianos. Despues los paganos avisaron á Seleno que allí habia aquel monasterio de vírgenes cristianas, y al momento se despachó allí una compañía de tropa. Los soldados abrieron á la fuerza las puertas del monasterio. Febronia se arrojó luego á sus pies, rogándoles que la hicieran ser la pri-

mera víctima sacrificada á Jesucristo. Acudió al momento el gefe Primo, y advirtiendo la hermosura de Febronia fué á encontrar á Lisimaco, jóven de veinte años, y le dijo haber encontrado en el monasterio una jóven bellissima, que en su aire manifestaba ser de ilustre cuna, por todo lo cual la creia muy digna de ser esposa suya. Un soldado que oyó esta conversacion fué á decir á Seleno que Primo trataba de casar á su sobrino con una vírgen cristiana; oido lo cual Seleno mandó que al momento se le trajese á Febronia. Compareció la santa doncella cargado de cadenas; querian seguirla al martirio las demas monjas sus compañeras, pero los soldados no se lo permitieron. La buena tía al despedirse de ella le dijo abrazándola estrechamente: — Vé, hija mia, á manifestarte digna esposa de Jesucristo. — Puesta santa Febronia en presencia de Seleno y preguntada si era libre. — Nó, respondió, yo soy esclava. — ¿Quien es vuestro amo? — Jesucristo mi Salvador y mi Dios. — Replicó Seleno que era una lástima estuviese engañada con aquella secta; y le rogó que se desengañase, que ofreciese sacrificios á los dioses, los cuales la harian feliz; pues de este modo se enlazaria con Lisimaco su sobrino, y seria una de las primeras señoras del imperio. Entonces la santa tomando en sus manos las cadenas dijo: — Os ruego que no me priveis de estas joyas las mas bellas que he llevado en mi vida. En cuanto á las bodas que me proponéis, yo me hallo consagrada á mi Dios, y así no se me pueden ofrecer esposos de la tierra. A mas de que siendo como soy cristiana, ¿podré adorar á los demonios? Sabed por fin, que en defensa de mi fé estoy pronta á sufrir todos los tormentos.

5. Indignado Seleno mandó entonces que la santa fuese lastimada con azotes, y lo fué de tal modo que todo su cuerpo no presentaba sino una sola llaga, mas entretanto Febronia no se ocupaba sino en bendecir continuamente á Dios. Y creyéndose con esto Seleno insultado por la santa, la mandó estender sobre unas parrillas de hierro, en donde la hizo quemar á fuego lento. Los circunstantes, aunque paganos, no pudiendo presenciar crueldad tan atroz, se retiraron; pero la santa intrépida no hacia mas que dar gracias á Jesucristo, que la juzgaba digna de padecer por su amor. No satisfecho el tirano con aquellos tormentos, le hizo ademas romper todos los dientes, y cortarle los pechos. Pero no habiéndose aun con todos aquellos suplicios debilitado la constancia de Febronia, la hizo por fin decapitar, y así consumó la santa su martirio en 25 de junio á principios del siglo cuarto.

6. Y mientras Primo y Lisimaco estaban hablando sobre la victoria de la santa, se les llevó la noticia que Seleno, vuelto de repente loco, se habia él mismo abierto la cabeza, dando contra columna, y habia espirado al instante. Corrieron á la habitacion de Seleno, y le encontraron ya muerto; y Lisimaco mandó al conde Primo que hiciese encerrar en una rica urna el cuerpo de Santa Febronia, y que le diese honorífica sepultura. Cumplido este acto de piedad, Primo y Lisimaco tuvieron la dicha de abrazar la fé, y su conversion fué seguida de la de otros muchos.

§ XX.

S. ARCADIO.

1. S. Arcadio fué africano, y se cree que consumó el martirio en Cesarea de la Mauritania. Ardía en su tiempo la persecucion en la que se forzaba cruelmente á los cristianos para que sacrificasen á los ídolos. Arcadio para evitar el peligro huyó de su patria, y se escondió en cierto lugar donde no hacia mas que ayunar y orar. Mas como entretanto no asistia á las públicas funciones, se enviaron soldados para sorprenderle en su propia casa, y no encontrándole estos, prendieron á un pariente suyo para obligarle á descubrir en donde estaba Arcadio.

2. No pudiendo sufrir Arcadio que otro padeciese por él, presentóse al gobernador pidiéndole que libertase á aquel pariente suyo, ya que él mismo se habia presentado para responder á los cargos que se le hiciesen. Respondióle el gobernador que él se libraría de toda pena si sacrificaba á los dioses. Y el santo lleno de un santo valor, le contestó: — Os engañais si creéis que las amenazas de la muerte espantan á los siervos de Dios. Estos dicen lo que decia S. Pablo: Yo vivo solo por Jesucristo, y la muerte para mí es una victoria. Y así, inventad suplicios cuantos querais, que no por esto lograreis separarnos de Jesucristo.

3. Lleno entonces de furor el tirano, pareciéndole ligeros para él los demas tormentos, ordenó que al mártir le fuesen cortados todos los miembros de su cuerpo,

uno por uno, comenzando por las primeras juntas de los pies. Y al momento fué ejecutado el bárbaro destroz, en el cual el santo mártir no hizo otra cosa que bendecir á Dios; y cuando se le redujo á un solo tronco sin brazos ni piernas, mirando sus miembros esparcidos por el suelo, dijo: — O miembros felices, que habeis merecido servir á la gloria de vuestro Dios! Nunca os amé tanto como ahora que os miro separados de mi cuerpo, pues ahora me reconozco todo de Jesucristo, como siempre habia deseado. — Y vuelto despues á los circunstantes que eran idólatras, les dijo: Sabed que es cosa fácil el sufrir todos estos tormentos al que tiene delante de los ojos la vida inmortal con que premia Dios á sus servidores. Reconoced á mi Dios que me alienta en medio de estos acerbos dolores; y abandonad á vuestras falsas deidades, que no pueden daros ayuda en vuestros apuros. El que muere por el verdadero Dios, conquista la verdadera vida; yo por este breve suplicio voy á vivir con mi Dios eternamente, sin temor de perderle jamás. Y así diciendo, rindió tranquilamente el alma á su Redentor el dia 14 de enero. Este martirio llenó de confusion á los idólatras, é inspiró un grande deseo á los cristianos de dar la vida por Jesucristo, los cuales recogieron aquellos miembros esparcidos del santo mártir, y les dieron los honores del sepulcro con la mayor veneracion.

§ XXI.

S. JUSTINO.

1. San Justino fué un santo que dió mucha gloria á

la Iglesia. Con sus doctos escritos la defendió contra los judíos, contra los gentiles y contra los hereges. Presentó ademas á los emperadores y al senado Romano dos apologías en las que demostró la inocencia de los cristianos, y que todos los delitos que los paganos les atribuian eran meras calumnias. Con la santidad de su vida y con la eficacia de sus instrucciones convirtió muchos infieles, y por fin, coronó la gloria de sus dias con un generoso martirio.

2. Nació S. Justino al principio del segundo siglo en Nápoles capital de la Samaria, de padres griegos é idólatras. Despues de haber estudiado humanidades, sintióse ya ardientemente inspirado á conocer el sumo bien. Afanóse en indagar esta primera verdad en los Estóicos, luego en los Peripatéticos, despues en los Pitagóricos, y finalmente en los Platónicos; pero ninguno de estos filósofos le satisfizo. Dios se habia reservado el llenar sus deseos por medio de un prodigio. Paseándose cierto dia por un lugar solitario á donde habia ido para entregarse con mas calma á la meditacion, encontróse con un anciano venerable, el cual le dijo, que si deseaba llegar al verdadero conocimiento de Dios, habia de dejar á los filósofos, y empezar á leer los Profetas que en las divinas Escrituras manifestaron á los hombres los misterios de Dios, y anunciado á Jesucristo su Hijo, por cuyo medio puede únicamente llegarse á conocer el verdadero Dios. — Mas antes de todo, añadió el viejo, debes pedir á Dios que te ilumine; pues tales misterios no pueden ser comprendidos sino por aquellos á quienes Dios da la luz necesaria para conocerlos. — Y dichas estas palabras desapareció de sus ojos.